



Facultad de Filosofía y Letras
Grado en Filosofía

Origen y desarrollo del totalitarismo en el Estado moderno

Eduardo Jiménez Zorita

Trabajo de Fin de Grado
Dirigido por el Prof. Dr. Alfredo Cruz Prados
Pamplona, 2020



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	2
II. EL PODER POLÍTICO	4
III. EL DETERIORO DEL RÉGIMEN POLÍTICO MODERNO.....	9
IV. TOTALITARISMO	15
A. EL NUEVO ESTADO	16
B. ELEMENTOS TOTALITARIOS	18
V. CONCLUSIONES.....	28
VI. BIBLIOGRAFÍA.....	30

I. INTRODUCCIÓN

A lo largo de los dos últimos siglos se han contemplado distintas formas de gobierno. Democracias, dictaduras militares y totalitarismos han tenido lugar, de manera incluso simultánea, en Europa y han mostrado diferentes interpretaciones que la época Moderna hace sobre el poder y el Estado. El presente ensayo busca analizar qué se entiende por movimiento totalitario, cómo surge una administración con estas características y cuáles son sus implicaciones en la vida pública de la sociedad en la que se desarrolla. Es decir, estudiar cómo es posible que una forma de gobierno que promueve la alienación del ser humano logre alcanzar el poder en un periodo que se dice moderno.

El totalitarismo surge por un deterioro en el sistema político. Por ello es relevante analizar cuáles han sido los pasos que han hecho viable la aparición de partidos políticos que ansíen la dominación total. Esta cuestión ha sido abordada por distintos autores que han analizado, sin lugar a duda, de forma brillante y exhaustiva la forma de gobierno totalitaria. En particular destaca el trabajo de Hannah Arendt recogido en su obra *El origen de los totalitarismos* y de William Ebenstein, en su título *El totalitarismo*. También es preciso mencionar las investigaciones de Raymond Aron y Franz Neumann, ya que sus indagaciones permiten encuadrar el fenómeno del totalitarismo en el contexto político en el que surgen. Proporcionan un análisis sobre la situación de las formas de gobierno anteriores al ascenso de los movimientos totalitarios que se vuelve necesario para entender la raíz de esta forma de gobierno.

El objetivo de este escrito persigue analizar las condiciones de posibilidad del partido totalitario, su ascenso al poder y los elementos que lo componen y le permiten mantener el control de la sociedad. Ciertamente es digno de estudio que una fórmula de gobierno basada en la represión de la población en su conjunto perdure en una posición de mando. Para ello, la metodología que se mantiene a lo largo de la investigación pretende recorrer la trayectoria que tienen los postulados totalitarios desde el momento en el que se hace posible su génesis, a saber, en el cambio de paradigma que la Modernidad trae consigo en el concepto del poder político.

En este sentido, debe considerarse, en primer lugar, la lectura que la política moderna hace sobre el ser humano, la utilidad de las agrupaciones políticas y los objetivos

que persigue el Estado. Las administraciones modernas manifiestan una extremada complejidad en su forma, con un gran entramado burocrático; pero una enorme facilidad para ser dominadas por agrupaciones absolutistas. En este contexto se debe analizar el surgimiento del totalitarismo, que aparece como una fuerza revolucionaria y salvadora. A pesar de que el movimiento tiránico se presenta bajo distintas apariencias, en función de la nación en la que se desarrolla, todas ellas obedecen a una suerte de patrón que permite detectar los elementos comunes. Entonces es viable extraer y examinar los rasgos propios que presenta dicha forma de gobierno, para poder inferir las consecuencias que un régimen de este tipo produce en la política y en población a la que somete.

II. EL PODER POLÍTICO

La manera de comprender el poder político determina las relaciones que se establecen entre el gobierno, los ciudadanos y los objetivos comunes que ambos persiguen. La visión clásica del poder aboga por una gestión de lo público, entendido como lo compartido por todos, según la cual se establece el bien común. En este paradigma, los ciudadanos se vinculan a la toma de decisiones como parte activa de la comunidad a la que pertenecen. De esta manera, el poder no es ejercido al margen del pueblo, sino que se trata de un poder del pueblo y para el pueblo¹. Existe una preocupación auténtica por parte de la esfera política por facultar al hombre de una serie de herramientas, a través de lo público, que hagan posible su desarrollo individual. Esta visión precontiene a su vez una cierta antropología de corte humanista, pues a partir de la concepción de lo bueno o malo para el hombre se extraen las normas. La dimensión ética sienta las bases sobre las que se edificará lo compartido y, sobre esto, se ejerce el poder político. El paradigma clásico persigue que el ámbito político sirva al hombre para su perfección. Se trata, por tanto, de un poder político que en cierto sentido es compartido por todos.

La Modernidad, por el contrario, inaugura una nueva perspectiva frente a esta visión. El hombre moderno se ve rodeado de una serie de estructuras de poder que conforman el Estado. Lo político ya no se comprende como lo compartido por todos, sino como aquello referente al ejercicio, transmisión y conservación del poder. El ejercicio de este se aleja del ciudadano particular, que se ve obligado a implicarse en partidos políticos mediante los cuales llevar a cabo sus intereses y aspiraciones particulares. Así, se genera un conflicto entre las aspiraciones de diferentes colectivos que pretenden llevar a la práctica sus propios deseos al margen del resto. Ya no se producen disputas sobre lo compartido ni se establecen objetivos comunes como sociedad, sino que se persiguen únicamente pretensiones egoístas². El poder se ejerce entonces a través de grupos de presión, como son los partidos, que alcanzan cuotas de mando desde las que pueden imponer sus designios. La interpretación moderna del poder lo concibe en términos de imposición de unas voluntades colectivas sobre otras. El resultado de esa pugna se condensa en leyes que ya no persiguen una mejora del ciudadano, sino su mera obediencia. En el Estado moderno se pierde, por tanto, el foco antropológico de la

¹ Cruz Prados, Alfredo. (2006). *Ethos y polis*. Pamplona. EUNSA. p. 383

² Neumann, Franz. (1968). *El estado democrático y el estado autoritario*. Buenos Aires. Paidós. p. 23

interpretación clásica y desaparece la preocupación por el desarrollo del hombre en su individualidad.

El cambio de paradigma hace posible una interpretación del hombre moderno en términos de masa, como analiza Karl Manneheim³. Como analiza el autor, esto se debe, por un lado, a la desintegración de las comunidades tradicionales. El desarrollo industrial obliga al sujeto a desplazarse a las nuevas áreas urbanas, en las que experimentan un profundo desarraigo y un sentimiento de soledad. Por otro lado, un incremento de la interdependencia social: los nuevos núcleos urbanos se convierten en áreas con complejas relaciones entre sectores en las que unos influyen sobre otros. Algo que, si bien es nuevo en la época Moderna, además es un tipo de relaciones que al hombre procedente de otros ámbitos le resulta ajeno. También se fomenta el descubrimiento de nuevas dimensiones de la existencia humana. El hombre que ha dominado a la naturaleza con la máquina descubre nuevas cuotas de poder hasta entonces desconocidas, lo que despierta en él unas aspiraciones novedosas. El resultado es el de un hombre que se siente solo, en un contexto que le resulta desconocido y que no se corresponde con el entorno en el que se ha desarrollado.

El crecimiento del Estado supone la creación de un complejo entramado de procesos burocráticos que se emplean para canalizar y gestionar la soberanía de manera sistémica. El ejercicio del poder en la Modernidad se profesionaliza y se consolida mediante estructuras que alejan el poder de la ciudadanía. Se produce un sentimiento de alienación en el hombre ante una “fuerza que no puede controlar y con la cual no puede identificarse”⁴. Ante esto, solo cabe plantearse el terreno de lo político en términos de conflicto. Los diferentes grupos y estructuras compiten entre sí por ostentar un poder que esgrimir contra el resto. Se diferencia así de la concepción clásica de lo compartido y pasa a comprenderse como una herramienta para alcanzar intereses egoístas⁵. El Estado es fuerte cuando soporta guerras y tiene la capacidad de aplacar revueltas internas. Es la materialización del Leviatán hobbesiano.

³ Fijalkowski, Jürgen. (1959). *La trama ideológica del totalitarismo*. Madrid. Tecnos. p. 176

⁴ Neumann, Franz. (1968). *El estado democrático y el estado autoritario*. Buenos Aires. Paidós. p. 152

⁵ Ídem. p. 153

Al margen de los marcos conceptuales clásico o moderno, el poder se concibe como la capacidad de poner en práctica una voluntad sobre lo público. Es decir, lo ostenta aquel con capacidad para tomar decisiones sobre la comunidad y para llevarlas a la práctica⁶. El poder, para ser real, debe ser capaz de materializarse. Una correcta comprensión del poder implica un gobernante que se preocupa por los ciudadanos que se encuentran bajo su autoridad. La dimensión de “político” hace referencia a que las decisiones no son aisladas, sino que se toman y se ejecutan en relación con un pueblo: introducen orden y hacen posible una verdadera comunidad política⁷. Mediante la promulgación de leyes, el dirigente establece los fines que persigue con su mandato. A medida que los efectos del obrar se acercan a la perfección, es posible establecer que el poder se aproxima a su forma perfecta⁸. Cuando el poder se ejerce de manera contraria a los intereses del pueblo, o de una mayoría representativa, esta potestad se corrompe y se da paso a formas de gobierno que distorsionan su sentido originario. La concepción de un Estado con capacidad de coerción hacia sus ciudadanos dista mucho de lo que debe ser un ejercicio de poder perfecto. La concepción moderna del poder ya supone un cierto deterioro, pues lo utiliza como un instrumento para llevar a cabo aspiraciones particulares. En la medida que pierde su carácter de servir para un proyecto común que le otorgue una primacía al enriquecimiento del hombre y vea en este una ocasión de dominio, la esencia de la política pierde significado. Esta percepción de la política como herramienta de imposición hace posible que ciudadanos se esfuercen por imponer su propia voluntad no solo para alcanzar sus intereses, sino con el único fin de someter al resto de la sociedad, con los medios que sean necesarios para conseguirlo.

La visión que cada Estado tiene del hombre es determinante a la hora de analizar el tipo de régimen. La democracia o el totalitarismo no surgen de la nada, sino de una comprensión del ser humano y de las relaciones sociales que este puede establecer en la comunidad en la que se desenvuelve. Cada individuo, al participar de la vida pública, proyecta su visión y la contrasta con el resto, generando una serie de dinámicas sociales que originan la cultura y las relaciones de poder. Se percibe, por tanto, que el paradigma moderno supone también una determinada visión antropológica. Una manera de entender al hombre en términos de utilidad y dominio. El otro no se percibe como “otro que yo”,

⁶ Cruz Prados, Alfredo. (2006). *Ethos y polis*. Pamplona. EUNSA. p. 385

⁷ Ídem. p. 387

⁸ Ídem. p. 389

sino como alguien a quien se puede someter. La deriva de esta antropología lleva a que algunas formas de gobierno conciban a la sociedad como una masa uniforme y maleable a la que persuadir. El totalitarismo se sirve de esta base interpretativa para desarrollarse en un contexto político en el que opera como un actor más que lucha por el poder.

La visión antropológica que supone cada régimen político exige de una cierta filosofía que impregna toda la estructura. Por ejemplo, el pensamiento ilustrado actuó de manera revolucionaria en su tiempo. De la misma manera que no es posible comprender un gobierno al margen de la comunidad en la que se gesta, no se puede concebir un Estado al margen de una filosofía. Esto no quiere decir que el filósofo deba participar de la acción política, pero sí es preciso subrayar que la corriente del pensamiento determina, y sirve de sustrato, para que una serie de regímenes se desarrollen en unas u otras sociedades. Por tanto, además de la propia evolución de la comunidad a lo largo de su historia, las propuestas filosóficas que calan en la sociedad actúan a modo de condición de posibilidad de ciertos regímenes. La ya comentada concepción de la naturaleza humana, la visión sobre el poder político y la postura que se tiene sobre lo público resultan factores decisivos para comprender el origen, el deterioro o la caída de determinadas formas de gobierno. El Leviatán de Hobbes, la dialéctica de Hegel, la revolución de clases marxista o la voluntad de poder de Nietzsche, entre otros, entre otros, provocan un punto de inflexión en la concepción de los Estados en la Modernidad. De todos ellos se puede extraer una constante: la interpretación del poder político en clave de dominación.

El paradigma moderno presenta, por un lado, a un hombre que vive distanciado del Estado en el que vive. Lo político ya no es algo en lo que puede involucrarse de manera directa y activa, sino que debe acudir a partidos o colectivos que aspiran a lograr mayorías electorales desde las que poder ejercer el control sobre el entramado burocrático estatal. Además, el pensamiento de la modernidad sobre lo político crea las condiciones de posibilidad para el surgimiento de regímenes que ven en el poder político la vía de acceso para satisfacer sus intereses particulares. El Estado moderno resultante es una estructura que, si bien ostenta un gran poder de acción, entra con facilidad en una situación de deterioro ante la carencia de unos cimientos sólidos, como lo son un proyecto político compartido y una visión humanista del individuo. El principal “enemigo” del Estado moderno no se encuentra en el país vecino con aspiraciones imperialistas, sino en haber cifrado la perdurabilidad del gobierno en la pura confrontación entre facciones.

Abrir la puerta a la opresión como forma de llevar a cabo la política supone abandonar cualquier posibilidad de concebir un espacio compartido, para conducirse a una interpretación que lo comprenderlo todo en parámetros utilitaristas. De esta manera, la calidad de la vida política se ve reducida, porque deja de atender a lo compartido, para abordar únicamente a lo particular. El ciudadano se desarraiga de lo común y de los fines que la comunidad persigue mediante la esfera política. Ante esto, el individuo tiene tres alternativas: formar parte de una sociedad que tiende a la masificación como un número más, en la que el individuo siente una desafección por lo político y acude al anonimato de la multitud, en la que atraviesa un proceso de alienación; desconectarse del sistema y vivir al margen de las estructuras de poder; o llevar a cabo una interpretación paralela sobre cómo debería ser el Estado, lo que a su vez puede suscitar en el sujeto una actitud proactiva para imponer su visión del régimen. La primera de las alternativas supone la integración del ciudadano en una masa fácilmente maleable que queda a la merced de las fuerzas opresoras emergentes. La desconexión del individuo permite abrir un debate sobre un claro fallo en el sistema moderno, que permite que algunos de sus ciudadanos no se encuentren incluidos del sistema. El Estado, sea cual fuere la forma política que adopte, debe ser capaz de dar cabida a todos los ciudadanos. Si alguno de los sujetos no encuentra la suficiente vinculación, se puede defender que el sistema ha fallado. Una de las causas que permitiría explicar esta situación sería las ya mencionadas carencias de proyecto común, que implique a todos los actores sociales, y la deficitaria visión sobre el ser humano que propugna el Estado. Por último, la presencia de ciudadanos que buscan establecer nuevas interpretaciones supone una amenaza en sí misma para la propia supervivencia del resto. En este último tipo de individuos se encuentra el germen del totalitarismo. Un miembro del régimen que, motivado por un profundo rechazo hacia la sociedad en la que vive, proyecta una sociedad perfecta a la que llegar a través de la revolución.

De esta manera, la interpretación Moderna del poder político presenta un Estado que, si bien en apariencia es robusto y férreo, en esencia puede resultar débil. Un régimen frágil tolera la aparición de movimientos políticos que pueden llevar a cabo una interpretación alternativa del Estado para convertirlo en uno nuevo en el que imponer su voluntad. Este rasgo característico de los gobiernos modernos será el que permita su declive y que interpretaciones totalitarias se hagan con el poder.

III. EL DETERIORO DEL RÉGIMEN POLÍTICO MODERNO

Los objetivos de los regímenes políticos no son unívocos. Las circunstancias ya comentadas provocan que cada Estado oriente sus medidas a la consecución de unos u otros fines⁹. Esto supone que la búsqueda de un Estado que da prioridad a la libertad de sus ciudadanos pueda ver limitada su capacidad de control. En este caso, el gobernante considera que es preferible garantizar una serie de derechos o reconocimientos, que se sitúan por encima de su competencia para establecer un orden estricto. William Ebenstein recoge en su obra “El totalitarismo” su concepción sobre las metas del régimen democrático, que persiguen generar el ambiente social ideal en el cual el hombre pueda desarrollarse, bajo los parámetros de la libertad y el respeto mutuo¹⁰. En efecto, se trata de una formulación moderna del poder, pero en esta se logra un cierto equilibrio entre los elementos de control, representación del pueblo y garantía de libertades.

La legislación que se promulga no persigue la opresión del pueblo o la reafirmación del poder del Estado, sino que se emplea para garantizar el crecimiento del sujeto. Son las mismas leyes las que configuran los espacios de libertad del ser humano¹¹. No obstante, en esta suerte de pacto social el individuo adquiere también una serie de responsabilidades, pues se exige de él una capacidad racional a la hora de actuar, asumiendo la consecuente penalización en caso de errar. Así entendido, Ebenstein acierta al definir la democracia como “el derecho a cometer errores”¹², ya que la libertad que faculta el crecimiento moral encadena al hombre a su obrar, sin poder hacer responsable a otros.

Con todo, no es una forma perfecta de gobierno, ya que se rige por la imposición de unas mayorías sobre otras y no aboga por un debate común sobre lo público auténtico en el sentido clásico. La democracia le otorga un singular poder al pueblo, que se concreta a través de sus representantes y que discuten los intereses de cada colectivo en la actividad parlamentaria. Sin embargo, sí antepone las libertades individuales, que posibilitan el desarrollo, a los intereses partidistas. Por otro lado, la existencia de una división de

⁹ Aron, Raymond. (1967). *Democracia y totalitarismo*. Barcelona. Seix Barral. p. 45

¹⁰ Ebenstein, William. (1965). *El totalitarismo*. Buenos Aires. Paidós. p. 19

¹¹ Neumann, Franz. (1968). *El estado democrático y el estado autoritario*. Buenos Aires. Paidós. p. 38

¹² Ebenstein, William. (1965). *El totalitarismo*. Buenos Aires. Paidós. p. 135

poderes permite que las diferentes estructuras de mando actúen no solo de manera autónoma, sino además limitando la actividad del resto. Aunque no todos los organismos cuentan con la misma capacidad fáctica, existe un cierto equilibrio de poderes, lo que dificulta la opresión de un grupo sobre el resto de la sociedad. La fragmentación del poder en distintas áreas –legislativo, ejecutivo y judicial– dificulta que un colectivo adquiera plenos poderes sobre el resto a la hora de ejecutar el poder político y salvaguarda los derechos del sujeto. En la comunidad democrática, el individuo cuenta también con el amparo de una Constitución, que recoge sus derechos y deberes, y que sirve como plasmación de los objetivos fundamentales del Estado. Esto adquiere una importancia significativa, ya que hace las veces de un pacto acordado por todos los actores políticos y sienta las bases que sustentan el equilibrio del sistema. Así, para el desarrollo del Estado, se hace indispensable el entendimiento entre distintos colectivos políticos que, sin abandonar la pugna por sus intereses, se ven obligados a entrar en debate con el objetivo de alcanzar acuerdos que sean beneficiosos para la mayoría de la comunidad. La pluralidad de partidos políticos se torna indispensable para lograr que cada ciudadano logre sentirse representado y formar parte de la vida política.

Sin embargo, esta multitud de partidos es percibida por algunos autores, como Carl Schmitt, como una dificultad a la hora de consolidar un Estado fuerte y duradero. Al concebir la comunidad como una masa, Schmitt rechaza la posibilidad de que el ciudadano esté capacitado para tomar decisiones políticas entre varias opciones que, en su opinión, acostumbra a ser irreconciliables¹³. Aunque la crítica del pensador alemán es acertada, ya que la pluralidad de partidos no asegura el entendimiento y a menudo las propuestas pueden resultar excluyentes, asumir su perspectiva lleva en último término a limitar la diversidad de partidos y a declarar la actividad parlamentaria como inútil¹⁴. Este es uno de los principales factores que deteriora gravemente un Estado democrático. La pluralidad es necesaria no solo en tanto que permite el contraste y la refutación de ideas, sino que además permite que personas de muy distinta índole participen de la vida pública porque encuentran sus intereses representados por una fuerza política. Cuando un Estado moderno admite la supresión de las fuerzas opositoras, inicia una andadura que le aleja

¹³ Fijalkowski, Jürgen. (1959). *La trama ideológica del totalitarismo*. Madrid. Tecnos. p. 92

¹⁴ Ídem. p. 89

del ideal democrático: el poder deja de residir en la soberanía popular para ser ejercido en exclusiva por un único grupo que no necesariamente representa a la mayoría.

El partido que permanece en pie debería ser capaz de generar la suficiente adhesión como para dar cabida a todo el pueblo. Debe buscarse algo que aglutine a la comunidad en su totalidad, que la compacte y sea lo suficientemente potente como para movilizarla. Por lo que se abandona la concepción de pueblo y, en su lugar, la noción de masa cobra fuerza. El partido “se complace en apropiarse de símbolos, métodos, instituciones y hasta de la política de un gobierno democrático, con la doble finalidad de enmascarar y promover sus designios”¹⁵. La batalla por los intereses particulares de cada colectivo, al margen de los encarnados por el partido único, queda erradicada de raíz, pues la ausencia de partidos opositores imposibilita que existan perspectivas distintas. En su lugar, se hace un esfuerzo por convertir en general las aspiraciones que corresponden únicamente al colectivo conformado por el partido: la actividad política queda monopolizada y unificada en un discurso.

Lograr una generalización de este tipo es una aspiración cuanto menos utópica. No es natural la transición de un panorama político marcado por la pluralidad a un Estado dominado por un único partido. Para lograr aglutinar a toda la ciudadanía, el partido recurre a la profusión de una ideología omniabarcante que legitime su posición de autoridad absoluta ante una sociedad comprendida como masa¹⁶. Precisamente la concepción de la ciudadanía como masa es uno de los factores que hace posible el surgimiento de partidos totalitarios¹⁷. La necesidad de igualar, de alguna manera, a toda la población para ser sometida bajo los mismos postulados ideológicos hace necesario que el pueblo sea visto como un todo compacto sobre el que ejercer el dominio. En la ideología totalitaria hay una negación absoluta de lo que el ser humano es en esencia. Esto provoca que algunos autores como Enver J. Torregroza considere que al pensar totalitario “no le gustan los seres humanos tal y como son realmente, esto es, finitos, limitados, temporales, imperfectos, variables, diferentes, espontáneos, incalculables y, en

¹⁵ Ebenstein, William (1965). *El totalitarismo*. Buenos Aires. Paidós. p. 22

¹⁶ Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 5

¹⁷ Fijalkowski, Jürgen (1959). *La trama ideológica del totalitarismo*. Madrid. Tecnos. p. 200

suma, libres”¹⁸ y esto es lo que suscita el ansia por lograr una sociedad perfecta y pura, aunque para ello deba recurrirse a la dominación. El monopolio partidista interpreta la sociedad en términos plásticos, como algo que se puede construir y modificar para que se adapte a sus pretensiones políticas del momento¹⁹. De esta forma, se detecta otro rasgo claro del planteamiento totalitario, a saber, la transformación del sujeto, a su pesar, mediante el engaño deliberado. La mentira y la manipulación se convierten en armas de dominación masiva y la verdad queda devaluada.

La visión que se intenta generar en el hombre masa es irreal, en tanto que sus pretensiones ideológicas totalizantes pretenden redefinir la sociedad con la falsa promesa de una perfección que, de suyo, resulta inalcanzable. En palabras de la filósofa Arendt: “Promete explicar todo el acontecer histórico, la explicación total del pasado, el conocimiento total del presente y la fiable predicción del futuro”²⁰. El ciudadano recibe la promesa de un nuevo Estado en el que todas sus aspiraciones quedan satisfechas y sus necesidades cubiertas por el sistema. Ante esto, el sujeto se abandona a la ideología en favor de un proyecto futuro ideal²¹. La promesa surge tras un esfuerzo por criticar lo presente. El reflejo utópico de la ideología totalizante encuentra su motivación en el rechazo del presente y sitúa en el pasado el origen de todos los males que asolan al hombre actual. Un tiempo anterior que puede ser reescrito, desde las coordenadas ideológicas del partido, para que justifique la visión crítica, aunque sesgada, del presente. El partido único se erige como portador de una liberación ante una aparente opresión provocada en el pasado y que impregna la sociedad actual. La única manera de alcanzar la “tierra prometida” por la ideología es a través de la revolución. En la mente del ciudadano, la ideología instala una imagen irreal de lo que fue el pasado y sugiere una imagen ilusoria de cómo podría ser el futuro gracias al cambio. Así, bajo la falsa promesa de que el hombre sea un actor del cambio revolucionario, este queda reducido a ser una pieza más dentro de un colectivo, ya sea una raza o una clase.

¹⁸ J. Torregroza, Enver, “La tarea antitotalitaria de la filosofía”. En Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 69

¹⁹ Moreno Valencia, Fernando (1989). *Utopía, ideología y totalitarismo*. Madrid. Editorial Andante. p. 55

²⁰ Arendt, Hannah (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial. p. 630

²¹ Moreno Valencia, Fernando (1989). *Utopía, ideología y totalitarismo*. Madrid. Editorial Andante. p. 70

La ideología totalitaria aspira así a ocupar todos los espacios de la realidad del individuo. Este es vaciado de sus propias aspiraciones y creencias, y se ve obligado a entregarse al designio del partido. Se trascienden así los límites de lo político, que ya no se acota al espacio público, sino que entra a conformar una parte esencial en la interioridad del sujeto. Todo es político, todo es el partido, todo le corresponde al Estado. La alienación que el hombre atraviesa genera en él una fuerte adhesión hacia el partido, que se convierte en su eje de coordenadas. El partido, para llegar a copar todos los aspectos de su vida, “debe necesariamente ignorar la complejidad de los pensamientos y las acciones humanas”²². Ebenstein comprende que lo contrario, esto es, dejar al margen de la acción política algunas cuestiones, supone por parte de la ideología totalitaria reconocer que ciertos sectores escapan a su control²³. Todas las acciones de dominio que son perpetradas por el totalitarismo encuentran su explicación en la reinterpretación que el partido hace de la historia. La visión que promulga el partido supone que el desarrollo de la sociedad hace necesaria la revolución en el tiempo presente; aunque, como analiza Raymond Aron, esta determinación haya sido tomada por un reducido número de hombres o incluso por una única persona²⁴. No obstante, el objetivo de la ideología totalitaria no es la mejora de la sociedad. La pluralidad no es suprimida porque el partido monopolista proponga una serie de medidas y fines últimos, sino que estos obedecen a intereses puramente individuales y opresores. Por ello es tan importante obtener el control de la sociedad y postularse como cabeza indiscutible de la misma. De esta manera, mediante la ideología el partido busca generar un conflicto entre buenos y malos, señalando a un enemigo que se torna en común, que se debe combatir, si es necesario, con cualquier forma de violencia. El partido simula situarse en el bando del pueblo “bueno” o escogido, que se adscribe a la ideología totalitaria, para llevar a cabo la revolución, aunque esa misma adhesión sentencia su dominio al nuevo régimen.

Este tipo de planteamientos de carácter totalitario se encuentran presentes en distintos puntos del espectro político. Como expone Aron, tanto el régimen nacionalsocialista como el comunista pueden ser englobados bajo el concepto totalitario. La base es la misma: el sometimiento del individuo. Poco importa si un movimiento

²² Ebenstein, William (1965). *El totalitarismo*. Buenos Aires. Paidós. p. 101

²³ Ídem. p. 101

²⁴ Aron, Raymond (1967). *Democracia y totalitarismo*. Barcelona. Seix Barral. p. 222

subraya la idea de nación o de clase²⁵. La visión que tienen del sujeto, como herramienta para la construcción del nuevo Estado, es idéntica, como lo es la manera de ejercer el poder una vez se alcanza el control del sistema.

²⁵ Ídem. p. 242

IV. TOTALITARISMO

La llegada de un partido totalitario al poder supone un periodo de transición hacia una nueva forma de gobierno basada en el control policial. Se abandona cualquier posibilidad de entender la política como un proyecto en común, como podía suceder en el paradigma clásico y, de alguna manera, en las mejores democracias. En su lugar, se atraviesa un proceso de cambio en el que el poder se concentra en un reducido núcleo de personas, procedentes del partido, y es ejecutado por el jefe del Estado. Además, se lleva a cabo una persecución contra cualquier forma de oposición. El partido monopoliza también la visión de la realidad que está permitida, adquiriendo plenos poderes para efectuar su voluntad y sometiendo a la población a un estricto control. Esto lleva a autores como Franz Neumann a describir el totalitarismo como “la destrucción de la línea divisoria entre Estado y sociedad y la politización total de la sociedad mediante el recurso del partido monopolizador”²⁶.

Es preciso distinguir entre el régimen autoritario y el totalitario. A pesar de en ambos casos la administración asuma una serie de poderes que de suyo no le corresponden, por ejemplo, con la supresión de fuerzas opositoras y la división de poderes, el autoritarismo limita la libertad de los ciudadanos, pero no persigue la aniquilación del pueblo ni pretende alcanzar un Estado perfecto. Enver J. Torregroza considera que, por el contrario, el totalitarismo “no recorta las libertades, sino que pretende eliminarlas de base para poder avanzar en la realización de su propósito desmesurado”²⁷. En esta línea, William Ebenstein reconoce en el gobierno autoritario una cierta libertad en aquellos ámbitos que no guardan relación con la política –como lo pueden ser la religión, el trabajo o la familia–²⁸, aunque no renuncia a mantener al hombre bajo una vigilancia constante. Algo que no se concibe en un gobierno totalitario, que reclama para sí la integridad del individuo. La diferencia esencial que se encuentra entre ambas formas de dominación es el límite que el propio Estado dispone en el nivel de intromisión que ejerce sobre el sujeto. Mientras que el autoritarismo sí concibe la existencia de ciertos ámbitos en los que no interfiere, la posesión que el totalitarismo le

²⁶ Neumann, Franz (1968). *El estado democrático y el estado autoritario*. Buenos Aires. Paidós. p. 231

²⁷ J. Torregroza, Enver, “La tarea antitotalitaria de la filosofía”. En Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 69

²⁸ Ebenstein, William (1965). *El totalitarismo*. Buenos Aires. Paidós. p. 35

reclama al sujeto es absoluta, traspasando cualquier frontera imaginable, incluida la propia vida²⁹.

a. EL NUEVO ESTADO

El ascenso del movimiento totalitario al poder no necesariamente se efectúa con el empleo de la violencia contra las estructuras del régimen anterior. El sentimiento revolucionario no implica de forma obligatoria que la manera de alcanzar el dominio sea mediante la fuerza bruta; aunque luego esta sea utilizada como herramienta de opresión una vez el partido logra el control del Estado. En algunos casos, el partido monopolista aprovecha el impulso de la masa, a la que engaña y manipula durante el proceso electoral democrático, con el objetivo de llegar al poder sin emplear la violencia. Este planteamiento sobre la no utilización de la fuerza durante la etapa de ascenso es bastante lógico si se tiene en cuenta que el movimiento no representa a la sociedad en su conjunto. Se trata de un grupo reducido de personas que llevan a cabo la ya mencionada interpretación paralela de lo que debería ser el Estado, pero no cuentan con los mecanismos necesarios para imponer su voluntad desde el inicio. Por ello, recurren a la manipulación colectiva y otros sistemas que les permiten ganarse el favor de la masa. El partido totalitario se sirve del pueblo y de la estructura democrática para acceder a unas cuotas de poder que, en condiciones normales, no les serían accesibles o en las que se verían limitados por la separación de poderes y la existencia de partidos opositores. Así, la transición al nuevo régimen se efectúa bajo una apariencia democrática y políticamente correcta, siguiendo los procedimientos estipulados por el ámbito legal del Estado.

A pesar de lo cual, también hay precedentes de partidos que acceden al poder sin recurrir a la senda democrática, como es el caso del totalitarismo ruso. En este caso, el movimiento tampoco cuenta con los recursos necesarios para establecer una dominación directa desde el inicio, por lo que tienen que recurrir al poder revolucionario de la masa. Se sirven de una coyuntura general de agitación social. La ideología sirve para enfervorizar a un pueblo ya crispado y preparado para el conflicto. Cuando se desata la revolución, el líder totalitario, en nombre del partido, abandera la causa revolucionaria. A través de la revolución, el cabecilla se legitima como parte visible del cambio y esto le

²⁹ Ídem p. 38

permite conformarse como nuevo dirigente del régimen. De esta forma, el partido logra hacerse con el control del Estado mediante una revolución que se presume popular, pero que es manejada en todo momento por la élite del movimiento. La masa percibe estar siendo guiada por un líder que persigue sus mismos intereses, que busca lo mejor para su desarrollo y que está dirigiendo la rebelión para hacer posible una nueva forma de Estado mejor que la anterior.

En cualquiera de las dos vías de ascenso, los postulados totalitarios alcanzan el poder. El pensador Raymond Aron detecta, como uno de los primeros rasgos de la nueva administración, la relación de identidad que se produce entre el partido y el Estado³⁰. La mejor manera de llevar a cabo la revolución en curso es permitiendo que el partido que ha dirigido al pueblo tome las riendas del gobierno emergente. La justificación que el partido emplea para llevar esto a cabo es analizada por Luis Fernando Cardona Suárez y consiste en la “existencia de una supuesta visión auténtica de la realidad y de los intereses que presumiblemente deben ser defendidos a toda costa por la comunidad”³¹. El mandato totalitario comienza así con el apoderamiento de las estructuras del régimen anterior y la instauración de un nuevo Estado basado en el terror y la represión violenta.

La dimensión económica del nuevo régimen

La llegada del nuevo sistema irrumpe también en el ámbito económico, que cae asimismo bajo el control estatal. El totalitarismo apuesta por el dominio de los procesos productivos ejecutando una intervención completa de las actividades de la nación. En esa ansia por unificar y colectivizarlo todo, se impone una fórmula económica de tipo coercitivo o imperativo³². Si la anterior jefatura permitía una cierta libertad en la producción, el nuevo régimen invierte la carga para poner el acento en un rendimiento cuyo único objetivo sea el de consolidar el poder de la administración totalitaria. En este paradigma, tanto el ciudadano como la empresa pierden la capacidad de establecer libremente la creación de

³⁰ Aron, Raymond (1967). *Democracia y totalitarismo*. Barcelona. Seix Barral. p. 222

³¹ Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 6

³² Ebenstein, William (1965). *El totalitarismo*. Buenos Aires. Paidós. p. 110-111

recursos. En su lugar, desde el partido único se estipula qué se ha de producir y de qué manera³³.

La intervención llega también a la esfera sindical, que deja de ser una agrupación de trabajadores para ser un colectivo en poder del gobierno totalitario. Así, al obrero se le arrebató la capacidad de colectivizar la lucha por sus derechos, pues una de las principales funciones del sindicato pasa a ser la de “educar a los trabajadores para que acepten sin chistar las decisiones del gobierno”³⁴. Esta voluntad de poder llega incluso a determinar el influjo de trabajadores: “Como el gobierno totalitario decide qué es lo que ha de producirse, ejerce un control indirecto sobre el tipo de empleo disponibles”³⁵. El trabajador es incluido en un sistema económico como una pieza más dentro del engranaje contra la que se puede utilizar la fuerza si es preciso.

b. ELEMENTOS TOTALITARIOS

La propaganda como elemento de dominio

La manera más efectiva de mantenerse en el poder implica una suerte de anestesia general y constante sobre la población. El objetivo de la manipulación propagandística es doble: por un lado, la masa debe percibir que el partido en el poder se esfuerza por lograr los objetivos sociales utópicos que le llevaron a tomar el control; a su vez, el colectivo se muestra como un defensor del pueblo frente a los enemigos de la nación. Arendt concibe también otro uso de la propaganda: el de unificar el discurso del Estado frente a la presión exterior procedente de otros países³⁶. Conseguirlo supone un esfuerzo constante de reescritura de la verdad, que siempre permanece en manos del gobierno, y somete al individuo a un ambiente de continuo cambio del discurso.

Los mensajes que el Estado totalitario destina a sus ciudadanos están cuidados a la perfección para servir como herramienta de adoctrinamiento. Son diseñados para controlar la psicología de la masa, mantenerla narcotizada y con la dosis necesaria de

³³ Ídem p. 113

³⁴ Ídem p. 116

³⁵ Ídem p. 117

³⁶ Arendt, Hannah (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial. p. 477

terror para que se sienta dependiente del Estado y temerosa de su actuación al mismo tiempo. Los posibles errores o barbaries que se comenten desde el poder son enterrados o tergiversados para que el ciudadano no despierte del letargo, por eso la reescritura de los acontecimientos pasados no cesa y da pie a una reescritura constante de la realidad. El nuevo régimen no cuenta con la capacidad de hacer posible la visión utópica que prometía su ideología, por lo que se vuelve imprescindible la propaganda para presentar los hechos tal y como el aparato del partido decide que deben ser transmitidos a la masa. Para asegurar el control, es frecuente que el mensaje se acompañe de ciertas pruebas de índole científica que respalden la visión estatal. Arendt considera que la propaganda totalitaria está muy marcada por el aire cientificista de la época moderna³⁷. Como cabe esperar, se trata de pruebas sesgadas que se integran en un discurso demagógico con el fin de dotarlo de una cierta autoridad que dificulte cualquier duda.

Este uso de la mentira y la manipulación de manera indiscriminada provoca que la única verdad reconocida por el Estado es la que él mismo establece. Cabe analizar si en este caso podemos hablar de verdad en sentido estricto, pues la pretensión de transformar la realidad no convierte el discurso totalitario en verdadero. En todo caso se puede hablar de una mentira que se institucionaliza como verdadera. No obstante, en el momento en el que la autoridad se otorga el derecho a establecer qué es cierto y qué no, se asume una forma de dominación que hace posible cualquier otra. Dennys Castro Martínez interpreta que este uso del lenguaje origina una suerte de “neolengua”, que suprime la dimensión íntimamente subjetiva del lenguaje para “ponerlo al servicio del poder”³⁸.

De esta forma, la masa se encuentra ante una situación de alienación y adoctrinamiento tal que puede no llegar a reconocer la realidad a pesar de tenerla ante sí. En esa situación de desarraigo, Arendt considera que “ya no puede funcionar una medida percepción de la interdependencia entre lo arbitrario y lo planeado, lo accidental y lo necesario”³⁹. En esto reside la capacidad de la propaganda totalitaria: en presentar lo irreal

³⁷ Ídem. p. 480

³⁸ Castro Martínez, Dennys, “Biopolítica y psicopolítica. Del poder disciplinario a la seducción”. En Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 139

³⁹ Arendt, Hannah (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial. p. 488

como real. El sujeto se ve desconectado de lo real y prefiere entregarse a la visión totalitaria antes que analizar el contexto social, político y económico en el que vive. La fuerza coercitiva es tal que algunos individuos creen firmemente vivir en una realidad totalmente distinta de la auténtica. Así entendido, el empleo de la propaganda permite organizar⁴⁰ el Estado sin necesidad de recurrir constantemente a la violencia, que se reserva para otros fines de opresión. Solo cuando falla la propaganda se da paso al empleo de la fuerza bruta⁴¹.

El Estado

El aparato estatal del régimen totalitario es la parte más visible del mismo. El Estado representa y unifica todos los poderes, tanto legales como judiciales. De él emana el control absoluto, que impregna la sociedad en su conjunto. Como es de esperar, con el objetivo de aferrarse al poder, una de las primeras medidas de la administración es la de suprimir las agrupaciones políticas opositoras. Como apunta Jünger Fijalkowski en su interpretación de la propuesta de Carl Schmitt, la pluralidad de partidos se muestra innecesaria, pues los procesos democráticos como tal desaparecen en favor de un derecho de preguntar al pueblo⁴². Todas las decisiones son tomadas por el órgano estatal, aunque se disfracen bajo una cierta apariencia democrática, por lo que la separación de poderes también carece de sentido. No hay límites para el ejercicio del mando político centralizado en una misma institución. Con todo, la mera posesión del poder no es suficiente para el totalitarismo, pues entonces el movimiento cesaría su actividad con la llegada al gobierno y se integraría en él. Arendt concibe que el totalitarismo no ve sus aspiraciones satisfechas con el ejercicio del poder político, sino que “ha descubierto unos medios de dominar y de aterrorizar a los seres humanos desde dentro”⁴³.

La ley en el Estado totalitario

El control del Estado totalitario permea en todas las capas de la sociedad y de la humanidad del sujeto. El ámbito legal, que debería servir para garantizar una serie de

⁴⁰ Ídem. p. 498

⁴¹ Ebenstein, William (1965). *El totalitarismo*. Buenos Aires. Paidós. p. 103

⁴² Fijalkowski, Jürgen (1959). *La trama ideológica del totalitarismo*. Madrid. Tecnos. p. 253

⁴³ Arendt, Hannah (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial. p. 455

derechos al hombre, se reinterpreta en clave coercitiva dejando, de manera deliberada, ciertos vacíos legales, que dan vía libre al sistema judicial para operar según la necesidad del momento. Con esto se configura un sistema sin límites que obedece al designio de la historia, al cual se orientan todas las acciones. La situación que se consigue con esto es de una gran perversión: por un lado, el hombre se encuentra en una situación de abnegación absoluta hacia el Estado. El adoctrinamiento constante anestesia a una masa que es movilizada a voluntad en contra del enemigo del Estado y se ve sumida en una suerte de terror constante hacia todo aquello que se desvíe de la versión oficial promulgada. A su vez, el sujeto es inducido en un temor constante ante la posibilidad de ser declarado enemigo del régimen. En caso de que esto último suceda, el ciudadano no cuenta con ninguna garantía de que el proceso de enjuiciamiento se produzca dentro de un contexto legal razonable. La ley es tomada como una herramienta más de represión y “deshabilita a los hombres de su capacidad de pensar, crear y adueñarse del espacio que media entre el pasado y el futuro”⁴⁴, como apunta la investigadora Carolina Andrea Montoya. Lo político se adueña de todas las esferas en las que participa el hombre. La instrumentalización de la ley, y la posibilidad de que esta sea reinterpretada en función de una u otra necesidad, provoca que cualquier acto pueda ser susceptible de ser considerado un ataque a la nación.

El concepto de enemigos del Estado se va ensanchando. Ya no solo es un adversario el colectivo estigmatizado por el partido. Además, el ciudadano que no permanece fiel a la ideología, o que se puede convertir en una amenaza para la integridad de esta, es tomado como un factor que pone en peligro la consecución de los fines previstos por el Estado. Un impedimento en la evolución hacia la sociedad perfecta. La ideología sirve como patrón de corte para determinar quién puede formar parte del régimen y quién debe desaparecer. Por tanto, el adversario no necesariamente supone una amenaza objetiva para el Estado. Es frecuente en el contexto totalitario el señalamiento de personas que son tomadas como sospechosas o que pueden ser “portadoras de tendencias”⁴⁵. Esto le otorga al concepto de enemigo una dimensión bastante laxa y supone un peligro permanente para cualquier habitante. En este sentido, la existencia de

⁴⁴ Andrea Montoya, Carolina, “La hybris totalitaria”. En Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 40

⁴⁵ Arendt, Hannah (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial. p. 572

un enemigo común es algo útil no solo para el órgano estatal, sino también para el propio pueblo. La supervivencia del Estado totalitario depende en gran medida de contar con un adversario en el que descargan todas las responsabilidades. El oponente da sentido a la actuación del régimen que, ante la dificultad de mantenerse legítimamente en el poder, detecta opositores en todas partes; justifica el uso de la violencia, en aras de preservar la paz en el Estado frente aquellos que quieren destruirlo y contra los que hay que actuar; y da tranquilidad a una masa que necesita culpar a alguien de la deriva que ha tomado la nación.

A menudo se concibe el Estado totalitario como un Estado policial, pues el papel de la policía resulta determinante para detectar opositores o potenciales amenazas. Su actuación no se limita a la inspección de la masa, sino también a las filas internas del partido, que puede ser purgado de figuras que apuesten por interpretaciones alternativas de la visión dominante y puedan sumar nuevos adeptos. La solución que se toma es su desaparición. A raíz de esta ejecución indiscriminada de personas declaradas contrarias al Estado totalitaria, Castro Martínez ofrece una reflexión relevante. El autor concibe que, si bien es el régimen, que actúa a través de los cuerpos policiales, el autor de la eliminación, “toda la población se convierte en cómplice, dado que interviene activamente o a través de su indiferencia en la consecución del objetivo de eliminar lo impuro o anormal de la especie humana”⁴⁶. Ante esto cabe matizar que el estado de adoctrinamiento al que se ve sometido la ciudadanía no le puede hacer plenamente responsable de los crímenes que comete el estado. Sin embargo, el apunte de Castro Martínez es muy pertinente, pues no se puede eximir de toda responsabilidad al sujeto que tolera o pasa por alto una situación de injusticia de este tipo. Tras lo sucedido en los juicios de Núremberg, Arendt alumbra el concepto de la banalidad del mal. Salvando las distancias, es posible detectar esta frivolidad también en ciertas situaciones que se dan entre los ciudadanos que viven bajo un régimen totalitario y que permiten, de una forma u otra, grandes injusticias hacia los señalados arbitrariamente por el Estado. En efecto, no es posible atribuirles la responsabilidad de manera completa, pues el sujeto que vive en una comunidad totalitaria se encuentra bajo unas grandes circunstancias de presión,

⁴⁶ Castro Martínez, Dennys, “Biopolítica y psicopolítica. Del poder disciplinario a la seducción”. En Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 136-137

miedo e incertidumbre. No obstante, esto no hace posible eximirle de toda responsabilidad. A pesar del estado de enajenación, el hombre es dueño de sus actos.

El líder totalitario

Otro de los elementos fundamentales y primeros del nuevo Estado, que además es el que dota de sentido al régimen, es el jefe totalitario. Aunque se presenta como un miembro más de la revolución; en la práctica, la imagen que se proyecta del líder le eleva por encima de la población y le configura como el salvador que necesita el país para alcanzar sus metas soñadas. Esta supremacía le sirve para obtener plenos poderes sobre la totalidad del régimen, lo que incluye la capacidad de decidir sobre la vida de los ciudadanos. En tanto que la ideología pasa a ocupar todos los planos de la sociedad y de la vida del ser humano, el dirigente, como principal precursor de esta, posee total libertad para abordar e interpretar cualquier tipo de cuestión ya sea política, religiosa o económica. A esto acompaña un aura de infalibilidad. El jefe totalitario no puede equivocarse. La propaganda es la encargada de maquillar o reinterpretar los posibles errores que el ejercicio del gobierno traiga consigo, pero el Estado totalitario no puede permitirse que el líder se vea afectado por la imperfección.

Con esto, su nivel de opresión tampoco conoce límites. Cualquier acto, por reprochable que sea, se ve justificado por el interés último de la ideología. El soberano, en palabras de Daniel Toscano, es quien “al tener derecho a suspender o poner en suspenso el derecho, puede matar o hacer que se mate impunemente a alguien”⁴⁷. El pueblo, de forma más o menos consciente, es gobernado bajo la amenaza constante que el líder transmite en su discurso. Más que un dirigente tradicional, la forma de gobierno se asemeja a la de un dictador. Sin embargo, la manera de presentarse ante el pueblo siempre será bajo la forma de un semejante que acaudilla a la nación durante la revolución que ha dado comienzo. Para mantener la posición de gobierno, el jefe del Estado debe mostrarse como imprescindible. Así, la revolución que hace posible su acenso al poder debe perdurar en el tiempo. La nación entra en una dinámica de revolución permanente que hace necesaria la permanencia del caudillo al frente de la administración. De igual

⁴⁷ Toscano, Daniel, “El totalitarismo y la democracia liberal: o de la obsesión por construir ‘guardias inexpugnables’”. En Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p 119

manera, la aparición de nuevos opositores obedece a este fin, a saber, el de perpetuarse en el poder y seguir actuando de forma despótica. Se necesita por tanto una situación de constante alarma que refuercen su implicación con la causa revolucionaria, a pesar de que los objetivos que se marcan no se alcancen en ningún momento.

En tanto que el movimiento toma el control del Estado, el nuevo jefe reúne los poderes de gestión de la nación y, además, la dirección del partido. Es realmente desde el interior del partido desde el que se dirige el gobierno. No se efectúa una identificación absoluta entre ambas estructuras, por lo que algunos autores, como Hannah Arendt, señalan una cierta duplicidad de sistemas entre el Estado y el partido único⁴⁸. El férreo mando que se establece desde el gobierno también se ejecuta en el seno del partido y el poder del líder no se ve frenado en ninguno de los dos entornos. Como cabeza visible del régimen, el gobernante es implacable a la hora de actuar contra el enemigo común, como dirigente del partido, se muestra inflexible con cualquier forma de oposición.

El dictador se rodea, dentro del movimiento, de un reducido grupo de fieles que velan por la unidad de la ideología entre las filas y que ayudan a la coordinación del Estado. Por ello resulta de gran importancia el mantenimiento de un gobierno fachada que emule, de cara a la población y al exterior, el funcionamiento del régimen. Detrás de la falsificación se sitúa el auténtico gobierno del Estado totalitario. A propósito de este asunto, Arendt extrae una conclusión sobre cómo esto se traduce en el ejercicio del poder y determina que “cuanto más visibles son los organismos del gobierno, menor es su poder, y que cuanto menos se conoce una institución más poderosa resultará ser en definitiva”⁴⁹. El poder del Estado totalitario no reside tanto en la vacuidad de su sistema legal, como ya se ha comentado, sino en el entramado secreto que se establece en el interior del partido y que fija la marcha del régimen. Aunque el partido único lucha durante toda la fase de ascenso para hacerse con el bastón de mando, una vez que toma las riendas no se disuelve en la estructura estatal, sino que la utiliza como falsa portada para seguir operando desde el movimiento.

⁴⁸ Arendt, Hannah (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial. p. 538

⁴⁹ Ídem. p. 548

El movimiento

Se puede considerar que el movimiento es el alma del régimen totalitario. *De facto* es el núcleo en el que reside el centro de poder del gobierno, como ya se ha comentado. Jürgen Fijalkowski considera que constituye el soporte sobre el que se apoyan tanto el Estado como el pueblo⁵⁰. No solo dota de sentido a estos dos ámbitos, sino que además interfiere para evitar enfrentamientos y regir el tipo de relaciones que se mantienen⁵¹. Conciben a la población como un todo unificado que se debe organizar.

A pesar de que las decisiones de mando son tomadas por una pequeña cámara, las filas del partido no dejan de crecer con la afiliación de ciudadanos que pretenden implicarse en el proceso revolucionario. Entrar a formar parte del movimiento no elimina en el sujeto su condición de enajenado, en todo caso lo agudiza. Si ya la masa percibe una visión sesgada de la realidad, los miembros del partido tienen la sensación de vivir en un “alienado paraíso de normalidad”⁵², sentencia Arendt. Una vez dentro, al individuo se le exige sumisión absoluta al partido, que se disfraza bajo una apariencia de lealtad y que puede llegar incluso a reclamar su vida. Los afiliados son puestos a prueba constantemente: como simpatizantes del partido, deben tener la capacidad de adaptarse a los sucesivos cambios en el discurso; además, los órganos superiores les someten a un minucioso examen en busca de algún posible delito contra el régimen. Con todo, la pertenencia al movimiento genera una sensación de superioridad sobre la masa, así como una falsa sensación de seguridad al encontrarse en el seno de la revolución. El hombre de partido siente formar parte del bando ganador, apoyando a la causa del régimen en un proceso que se dice histórico. Se mueve en un ambiente dominado por la mentira en el que no se le pide tomar decisiones o actuar de forma lógica. La obediencia ciega a las directrices del partido que se exige imposibilita que el afiliado se comporte con una cierta racionalidad.

También desde el movimiento se lleva a cabo la coordinación de la acción violenta. El recurso de la fuerza queda justificado en relación con la misión histórica que el partido dice estar cumpliendo. Esta se lleva a cabo mediante la acción de la policía

⁵⁰ Fijalkowski, Jürgen (1959). *La trama ideológica del totalitarismo*. Madrid. Tecnos. p. 243

⁵¹ Ídem p. 238

⁵² Arendt, Hannah (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial. p. 506

estatal, que mantiene una estrecha relación con la élite del partido y el líder totalitario. La policía estatal es uno de los principales órganos de represión del totalitarismo y es empleada para hacer perdurar al régimen mediante la eliminación de sujetos. El objetivo de su acción no es tanto el de asegurar la protección del régimen como la de ser empleada como un instrumento de dominación del individuo⁵³. Si bien es cierto que ejerce un uso indiscriminado de la violencia, esta obedece a un fin concreto, a saber, el de acabar con cualquier oposición al Estado. De aquí se extrae una segunda finalidad, que consiste en doblegar a la población mediante el miedo ante posibles represalias. Aquí se encuentra una muestra patente de la auténtica maldad que promueve el totalitarismo. El uso de la fuerza se equipara con el uso de la propaganda y la violencia es utilizada como una herramienta más de dominación. La banalización de la violencia contra la población muestra el escaso valor que tiene la masa para el movimiento. El Estado totalitario somete al pueblo a un proceso de deshumanización.

El pueblo

En el Estado totalitario no le queda nada al individuo. Se le arrebatada la posibilidad de ejercer cualquier tipo de poder, pues cada una de las decisiones que toma son aprobadas y supervisadas por el sistema. Siendo un elemento indispensable en el régimen, pues sin masa oprimida no existiría Estado totalitario, el hombre se convierte en un número más. En la práctica, no tiene ninguna relevancia notable el desarrollo del régimen. A pesar de formar parte de un Estado que convierte todos los ámbitos sociales y personales en políticos; la evolución de este y las decisiones políticas se toman en el seno del movimiento, sin tener presente al pueblo y a menudo en su contra. El hecho de que el poder se ejerza a espaldas de la población provoca también que esta actúe a ciegas, sin saber plenamente cuál es la deriva de la nación, pues no existe ya una vida pública en la que participar o tomar como referencia para el intercambio de opiniones. La única información que recibe el ciudadano es la procedente del gobierno, por lo que no cuenta con la posibilidad de contrastar o refutar la versión oficial.

Tampoco le queda nada por entregar, porque no se le permite guardarse nada para sí. Esto es lo que provoca en el individuo la alienación y genera a su vez una profunda

⁵³ Ídem p. 570

angustia generada por el desconcierto. Fernando Moreno Valencia, al hablar del individuo que vive bajo un sistema totalitario, considera que este es concebido como una mera “materia prima moldeable según un designio político”⁵⁴, que es utilizada para la consecución del proyecto de sociedad ideal. Despojado de su individualidad y atomizado en la masa, al hombre solo le queda su dimensión corpórea para ser útil al proyecto político. Sin embargo, esto no lleva al hombre a despertar del sueño utópico dibujado por la ideología, pues el gobierno mantiene, con el adoctrinamiento y la propaganda, al hombre en un estado de narcotización. Aunque el hombre no participe activamente de la vida política, el movimiento se preocupa por mantener a la masa cohesionada y mantiene con ella un estrecho vínculo para volverla dependiente del mismo Estado que la oprime.

Además de la violencia, la represión se instala en la mente del pueblo a través del miedo y la desconfianza. Con esto se pretende una anulación de la persona. Arendt estima que la dominación total “solo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que pudieran intercambiarse al azar cada uno de estos haces de reacciones”⁵⁵. La deriva del totalitarismo podría desembocar en una situación en la que gran parte de la población sea vista como un adversario al que eliminar. Lograr esto en grandes colectivos es, en la práctica, algo sumamente complejo para cualquier Estado. No obstante, el proceso de deshumanización al que el totalitarismo somete al pueblo es de una crudeza estremecedora y a lo largo de la historia existen precedentes de este mal radical, como lo son los campos de exterminio y de trabajo en los que distintos grupos sociales, bajo diferentes circunstancias, eran exterminados. En este contexto en el que “todo está permitido”⁵⁶, el pueblo experimenta un tipo de terror distinto al que puede padecer durante las primeras etapas del nuevo régimen. Ya no se trata de una inseguridad ante un sistema legal que no ofrece ningún tipo de protección, que supone para Arendt la muerte de la persona jurídica⁵⁷, sino de la carencia absoluta de racionalidad en una suerte de guerra perpetua en la que, como la que presenta Orwell, se vive sin esperanza⁵⁸.

⁵⁴ Moreno Valencia, Fernando (1989). *Utopía, ideología y totalitarismo*. Madrid. Editorial Andante. p. 70-71

⁵⁵ Arendt, Hannah (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial. p. 589

⁵⁶ Ídem p. 592

⁵⁷ Ídem p. 601

⁵⁸ Castro Martínez, Dennys, “Biopolítica y psicopolítica. Del poder disciplinario a la seducción”. En Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 138

V. CONCLUSIONES

La llegada de la Modernidad reconfigura la visión de la política y altera los objetivos de esta. Se abandona la noción de bien común para interpretarse lo público como un espacio en el que imponer la voluntad particular. El desorden de lo común aparece cuando el sujeto comprende de manera diferente al resto el fin de lo social. El momento en el que esto deja de ser lo compartido por todos se genera una lucha por la imposición del propio interés y el hombre se ve obligado a reunirse en partidos desde los que luchar por imponer su visión. Por otro lado, el desarrollo de la vida en las grandes urbes favorece en gran medida el auge de las masas, que más adelante serán utilizadas por los partidos. De esta manera, el cambio de mentalidad que trae la Modernidad abre la puerta a lecturas totalitarias del poder político que detectan en el régimen en el que se desarrollan la oportunidad para ejecutar sus intereses particulares de dominación.

Así, es posible la formación de regímenes modernos que, aunque no son malos en esencia, se caracterizan por una cierta debilidad y toleran la creación de agrupaciones totalitarias. Estas hacen uso de la manipulación para presentar una visión utópica de la realidad ante una masa colectivizada y manipulable por la ideología del partido. Su objetivo consiste en lograr el respaldo de una base popular lo suficientemente amplia que les permita alcanzar el poder.

Una vez el partido logra hacerse con el control del aparato estatal, su acción cubre todos los ámbitos de la nación, incluidas la esfera íntima del ciudadano. Se desdibuja cualquier línea divisoria entre lo público y lo privado, y el Estado lo reclama todo para sí. El jefe totalitario, a la cabeza del nuevo régimen, establece una suerte de antihumanismo que persigue la alienación absoluta del sujeto mediante la propaganda, el terror y la violencia ejercida por la policía estatal. El líder, junto con la élite del partido, dirige desde el interior del movimiento la marcha de la nación y determina, de manera indiscriminada, cuáles son los enemigos que erradicar. Con esto logra no solo aferrarse al poder, sino además mantener a la población atomizada y sometida. Esto permite concluir que el totalitarismo no es un mal gobierno, pues no se trata de un sistema deteriorado. Es un gobierno de naturaleza perversa cuyo objetivo consiste en oprimir al pueblo. Su propia concepción del poder y la formación del Estado son radicalmente

malos. Se trata del ejercicio de la voluntad de poder con un objetivo cruel, que no es otro que el de extirparle a la persona su individualidad.

El análisis permite concluir, en primer lugar, que el cambio de paradigma es la primera condición de posibilidad para la formación de un pensamiento totalitario. Esto es relevante, pues si es imposible recuperar la mentalidad clásica anterior, se debe comprender qué trae consigo esta nueva interpretación y los riesgos que esta implica en los procesos políticos actuales. Por otro lado, se destaca la fragilidad de los regímenes modernos, que se basan en la confrontación y la renuncia a un proyecto político común para dar paso a una constante situación de conflicto por obtener la mayoría.

La existencia de totalitarismos nos ha enfrentado con un mal radical que se puede ejercer a gran escala desde las instituciones con total libertad. Como forma de gobierno, constituye todo lo contrario que se puede esperar de una administración, porque no se preocupa por salvaguardar al individuo, sino que ve en él una manera de ejercer su poder despótico y de mantenerse en el poder. El gobierno totalitario no es asumido por el ciudadano, pues no existe una coherencia entre lo que el movimiento le prometió de manera utópica con su actuación en el poder. El totalitarismo prevalece en el poder a base de fuerza bruta, terror y muerte. Somete al ciudadano a una violencia física y psicológica que produce una alineación total y le incapacita para plantearse una alternativa que la realidad dibujada por la propaganda totalitaria.

Todavía es necesaria mucha investigación al respecto que permita entender mejor la naturaleza del hombre como ser político y su participación en la vida pública presente. Comprender el comportamiento del ser humano bajo un dominio totalitarista puede ser de gran utilidad para ahondar en la condición humana. Por otro lado, es preciso seguir reflexionando sobre los objetivos que le son exigibles a la política en un paradigma tan volátil como el actual. Si la Modernidad ya supuso un punto de inflexión en la manera de entender la política, el estado actual de la misma merece repensar de qué manera afrontamos los retos venideros. Aunque es una tarea de la sociedad en su conjunto, la filosofía debe ser capaz de liderar la reflexión acerca de los sistemas políticos futuros a partir de lo sucedido. Estos deben ser lo suficientemente sólidos como para evitar interpretaciones destructivas o dañinas y, a su vez, deben adoptar un compromiso firme por el desarrollo del ciudadano.

VI. BIBLIOGRAFÍA

Fuentes:

- Arendt, Hannah. (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial.
- Aron, Raymond (1967). *Democracia y totalitarismo*. Barcelona. Seix Barral.
- Cruz Prados, Alfredo (2006). *Ethos y polis*. Pamplona. EUNSA.
- Cardona Suárez, Luis Fernando (2016). *Totalitarismo y paranoia: lecturas de nuestra situación cultural*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana.
- Ebenstein, William (1965). *El totalitarismo*. Buenos Aires. Paidós.
- Fijalkowski, Jürgen (1959). *La trama ideológica del totalitarismo*. Madrid. Tecnos.
- Forti, Simona (2008). *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*. Barcelona. Herder.
- Moreno Valencia, Fernando (1989). *Utopía, ideología y totalitarismo*. Madrid. Editorial Andante.
- Neumann, Franz (1968). *El estado democrático y el estado autoritario*. Buenos Aires. Paidós.
- Sánchez Meca, Diego. Herrera Guillén, Rafael. Villacañas, José Luis (2018). *Totalitarismo, la resistencia filosófica: (15 estudios de pensamiento político contemporáneo)*. Madrid. Tecnos.

Bibliografía complementaria:

- Arendt, Hannah (2005). *La condición humana*. Barcelona. Ediciones Paidós.
- Cicerón (2014). *La república*. Madrid. Alianza Editorial.
- Cruz Prados, Alfredo (2015). *Filosofía política*. Pamplona. EUNSA.
- Schmitt, Carl (2014). *El concepto de lo político*. Madrid. Alianza Editorial.